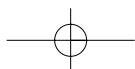
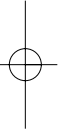
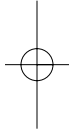
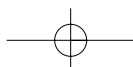
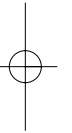
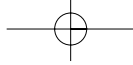


# *Tiranosaurio*

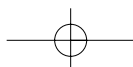
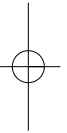
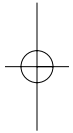
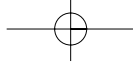


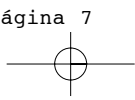


**DOUGLAS  
PRESTON**  
*Tiranosaurio*

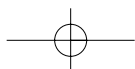
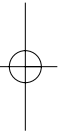
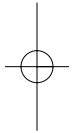
Traducción de  
Jofre Homedes Beutnagel

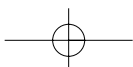
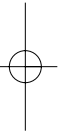
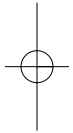
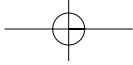
PLAZA  JANÉS

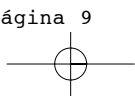




*Para mi hijo Isaac*





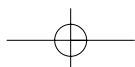


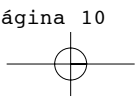
## Prólogo

*Diciembre de 1972*  
*Valle de Taurus-Littrow*  
*Mare Serenitatis*  
*La Luna*

El 11 de diciembre de 1972, la última misión tripulada Apolo aterrizó en Taurus-Littrow, un valle espectacular, rodeado de montañas, al borde del mar de la Serenidad. La zona prometía ser un paraíso geológico de colinas, montañas, cráteres, campos de escombros y desprendimientos. Especial interés merecían varios singulares cráteres de impacto que habían agujereado profundamente la superficie del valle llenándola de brecha y de cristal. La misión albergaba grandes esperanzas de volver con un tesoro de muestras lunares.

El comandante del módulo lunar se llamaba Eugene Cernan, y el piloto, Harrison *Jack* Schmitt. Ambos eran ideales para la misión Apolo 17. Cernan era un veterano curtido en otras dos misiones, la Geminis IX y la Apolo 10, mientras que Schmitt, brillante geólogo doctorado en Harvard, había participado en la planificación de las anteriores misiones Apolo. Cernan y Schmitt se pasaron tres días explorando Taurus-Littrow en el vehículo Lunar Rover. Su primera incursión en el paisaje lunar dejó muy claro que les había tocado el gordo, geológicamente hablando. Uno de



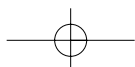


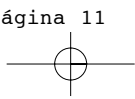
los descubrimientos más emocionantes de la misión, causante indirecto del misterioso hallazgo del cráter Van Serg, se produjo el segundo día, en un cráter pequeño y profundo bautizado como Shorty. Al salir del Rover para explorar el borde de Shorty, Schmitt se llevó la gran sorpresa de que debajo del polvo lunar gris que levantaban sus botas apareciese una capa de tierra de intenso color anaranjado. Como no se lo acababa de creer, Cernan levantó su visor reflectante de color naranja para asegurarse de que no fuera una ilusión óptica. Tras rápidas excavaciones, Schmitt descubrió que la tierra naranja cambiaba gradualmente de color, virando hacia un rojo muy vivo.

En el centro de control de Houston se discutió acaloradamente sobre la procedencia y el significado de aquella tierra de color tan anómalo, y se pidió a los dos astronautas que tomaran una muestra de profundidad para llevársela a la Tierra. El encargado de hacerlo fue Schmitt. Después, él y Cernan se asomaron al borde del cráter Shorty y vieron que el meteorito se había incrustado en la misma capa naranja, visible en los flancos del cráter.

Como en Houston querían muestras de tierra naranja procedentes de otro emplazamiento, se hizo pasar el segundo itinerario de exploración, programado para el día 3, por un pequeño cráter anónimo no muy alejado de Shorty, con la esperanza de que su prospección les mostrase la misma capa anaranjada. Schmitt lo bautizó cráter Van Serg en honor a un profesor de geología de Harvard que escribía artículos humorísticos con el seudónimo de «Profesor Van Serg».

El día 3 fue largo y trabajoso. El instrumental se les llenaba de polvo, con las dificultades consiguientes para trabajar. Por la mañana, Cernan y Schmitt se desplazaron con el Lunar Rover hasta la base de los picos que delimitaban Taurus-Littrow para examinar Tracy's Rock, una roca gigante que a juzgar por todos los indicios había bajado rodando de las montañas hacía una eternidad, dejando un rastro en el suelo. Desde ese punto exploraron una





zona cuyo nombre era Sculptured Hills, pero no encontraron nada especialmente interesante. Cernan y Schmitt treparon con dificultad hasta la mitad de la falda de una montaña para inspeccionar una roca de aspecto extraño que resultó ser científicamente una futesa, un simple «fragmento de antigua corteza lunar» arrojado a la ladera por un antiguo impacto. El descenso lo hicieron dando saltos de canguro por el polvo. Schmitt bajaba en zigzag, imitando el ruido de un esquiador que hiciera eslalon por las rocas, mientras bromeaba:

—Se me van un poco los esquís. Zuum... Zuum... Cuesta girar bien las caderas.\*

Cernan dio una voltereta espectacular. Gracias a la poca gravedad, no se hizo daño al caer en la gruesa capa de polvo.

Llegaron exhaustos al Van Serg. Para acercarse al cráter del meteorito, Cernan y Schmitt tuvieron que llevar el Lunar Rover por un campo de rocas, del tamaño de pelotas de fútbol, escupidas por el cráter. A Schmitt, el geólogo, le parecieron un poco raras.

—Aún no sé qué ha pasado aquí —dijo.

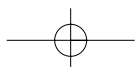
Un manto espeso de polvo lo cubría todo, y no había rastro de la capa naranja que buscaban.

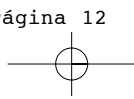
Bajaron del Rover y cruzaron el campo de escombros para asomarse al borde. Schmitt, el primero en llegar, se lo describió a Houston en los siguientes términos:

—Es el borde de un cráter, y grande, pero lo cubre un manto de polvo del mismo material que el de antes, que esconde parcialmente las rocas. Que yo vea, también está en el suelo y las paredes. El cráter en sí tiene un montículo central de bloques que debe de rondar los cincuenta metros de diámetro. No, no tanto. Treinta metros de diámetro.

Llegó Cernan.

\* Todos los diálogos citados proceden de las transcripciones originales de la misión Apolo 17, editadas por el director de la revista *Lunar Surface Journal*, Eric M. Jones. © 1995 Eric M. Jones.





—¡Anda la osa! —dijo al ver el cráter, visualmente impresionante.

Schmitt siguió con su explicación.

—En esa zona las rocas están muy deshechas. Las de las paredes también.

Sin embargo, al buscar tierra naranja solo encontró gran cantidad de rocas lunares grises, muchas de ellas en conos astillados causados por la fuerza del impacto. Parecía un cráter normal, con una antigüedad máxima de sesenta o setenta millones de años. La base se llevó una decepción. A pesar de todo, Schmitt y Cernan empezaron a recoger muestras y a guardarlas en bolsas numeradas.

—Son rocas muy fracturadas —dijo Schmitt, cogiendo una muestra—. Se desmenuzan en láminas pequeñas. Vamos a llevarnos esta, que será la mejor orientada para la documentación. Oye, ¿y si fueras a buscar la de allí dentro?

Cernan recogió una muestra. Schmitt levantó otra roca con su pala.

—¿Tienes una bolsa?

—La 568.

—Yo creo que esto es una arista del bloque que ha documentado Gene.

Schmitt sacó otra bolsa vacía.

—Ahora recogeremos otra muestra, pero de dentro del bloque.

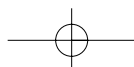
—No me cuesta nada sacarla con las pinzas —le respondió Cernan.

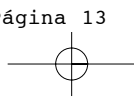
Al mirar a su alrededor, Schmitt vio otra muestra que le interesaba: una roca de aspecto peculiar, en forma de tableta y con unos treinta centímetros de longitud.

—Esto deberíamos llevárnoslo tal como está —le dijo a Cernan, a pesar de que casi no cabía en una sola bolsa de muestras.

La recogieron con las pinzas.

—Déjame coger este lado —dijo Cernan, mientras intentaban que cupiera en la bolsa—. Yo lo aguanto y tú le pasas la bolsa.





—Hizo una pausa, muy atento a la roca—. ¿Ves esto? ¿Ves los trocitos blancos?

Señalaba algunos fragmentos blancos incrustados en la roca.

—Sí —dijo Schmitt, examinándolos con atención—. A ver si son trozos del proyectil... No sé. Lo que no parece... Lo que no es es subsuelo. Vamos, adentro.

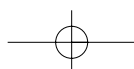
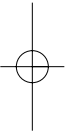
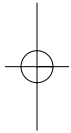
Cuando la roca estuvo a buen recaudo dentro de la bolsa, Schmitt preguntó:

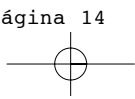
—¿Qué número es?

—La 480 —contestó Cernan, leyendo el número que había impreso en un lado.

En Houston estaban impacientes viendo que se perdía tanto tiempo en Van Serg cuando ya estaba claro que no había tierra naranja; así pues, le pidieron a Cernan que saliera del cráter para hacer algunas fotos de quinientos milímetros del macizo Norte. Schmitt, mientras tanto, realizó una «inspección radial» del manto de material eyectado que rodeaba el Van Serg. Para entonces él y Cernan ya llevaban casi cinco horas de exploración. Schmitt trabajaba despacio. Se le rompió la pala durante la inspección (nuevos problemas de polvo). Desde Houston le dijeron que prescindiera del resto de la exploración radial y que se dispusiera a dar por reconocido el yacimiento. Al llegar al Rover, Schmitt y Cernan hicieron la última medición gravimétrica y tomaron una última muestra de tierra antes de volver al Módulo Lunar. Al día siguiente despegaron del valle Taurus-Littrow, convirtiéndose en los últimos seres humanos que han pisado la Luna (al menos de momento). El Apolo 17 regresó a la Tierra el 19 de diciembre de 1972, en un amerizaje.

La muestra lunar 480 se sumó a los trescientos ochenta y dos kilos de rocas lunares procedentes de las otras misiones Apolo en el Laboratorio de Recepción Lunar del Centro Espacial Johnson de Houston, Texas. Ocho meses más tarde, cuando se dio el carpetazo al programa Apolo, el Laboratorio de Recepción Lunar fue clausurado, y su contenido trasladado a un edificio de nueva



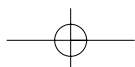
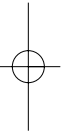
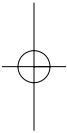


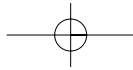
construcción del Centro Espacial Johnson, dotado de los últimos avances tecnológicos. El nombre del edificio era Laboratorio de Almacenamiento y Procesamiento de Muestras (LAPM, para abreviar).

En algún momento de ese período de ocho meses, antes del traslado de las rocas lunares al nuevo LAPM, la roca que recibía el nombre de Muestra Lunar 480 se esfumó. Más o menos en la misma época, todas las entradas relativas a su descubrimiento desaparecieron del catálogo del ordenador y de las tarjetas del archivo físico.

Actualmente, quien vaya al LAPM y consulte la entrada 480 en la base de datos del registro de muestras lunares obtendrá el siguiente mensaje de error:

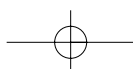
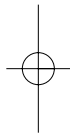
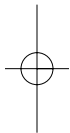
CONSULTA: 482  
¿>NÚMERO ILEGAL / NÚMERO INEXISTENTE  
POR FAVOR, COMPRUEBE EL NÚMERO DE MUESTRA LUNAR Y  
REINTÉNELO

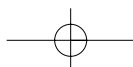
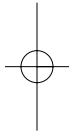
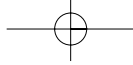




PRIMERA PARTE

# El Laberinto



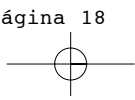


# 1

Cuando llegó a la cumbre de la Mesa de los Viejos, Stem Weathers ató su burro en un enebro muerto y se sentó en una roca polvorienta para recuperar el aliento y secarse el sudor de la frente con un pañuelo. El viento que barría sin descanso la cima le estiraba los pelos de la barba, refrescándolo tras el inmóvil bochorno de los cañones.

Después de sonarse y de guardarse el pañuelo en el bolsillo, estudió los accidentes geográficos que ya conocía, recitando sus nombres: Daggett Canyon, Sundown Rocks, Navajo Rim, Orphan Mesa, Mesa del Yeso, Dead Eye Canyon, Blue Earth, La Cuchilla, Echo Badlands, White Place, Red Place y Tyrannosaur Canyon. El artista que llevaba dentro veía un reino fantástico pintado en tonos oro, rosa y morado, pero lo que vio el geólogo fue un conjunto de mesetas del Cretácico Superior, inclinadas, resquebrajadas, barridas y erosionadas por el paso del tiempo, como si el infinito hubiera arrasado la tierra, dejando tras de sí un paisaje rocoso y estridente.

Weathers sacó un paquete de Bull Durham de un bolsillo mugriento de su chaqueta y lió un cigarrillo con sus manos nudosas, negras de polvo, de uñas amarillas y agrietadas. Después encendió una cerilla de madera en los pantalones, la acercó a la punta del pitillo y chupó con fuerza. Tras dos semanas racionándose el tabaco, por fin podía darse el gusto.



Toda su vida había sido el prólogo de aquella semana llena de emociones.

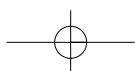
Su vida iba a sufrir un vuelco radical. Lo primero era hacer las paces con su hija Robbie. La traería al Laberinto y le enseñaría su descubrimiento; así ella le perdonaría sus obsesiones, su falta de estabilidad vital y sus eternas ausencias. El descubrimiento lo redimiría como padre. Nunca había podido darle a Robbie lo que los otros padres prodigaban a sus hijas: dinero para la universidad, un coche, una ayudita para el alquiler... Suerte que ahora, gracias a él, ya no tendría que seguir trabajando de camarera en Red Lobster. Ahora podría pagarle su sueño: un taller de arte y una galería.

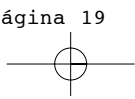
Entrecerró los ojos para mirar el sol. Dos horas para la puesta. Como no espabilase, llegaría de noche al río Chama. Su burro, el viejo Salt, no había bebido nada desde la mañana, y él no quería animales muertos. Lo vio dormir en la sombra con las orejas pegadas al cuello y los labios temblorosos, sumido en alguna pesadilla; casi sintió cariño por el animal.

Apagó el cigarrillo y se guardó lo que quedaba en el bolsillo. Luego bebió un trago de agua de la cantimplora, mojó un poco el pañuelo y se refrescó la cara y el cuello. Cuando volvió a tener la cantimplora en el hombro, desató el burro y lo dirigió hacia el este, hacia la mesa yerma de arenisca. A medio kilómetro, la sima vertiginosa de Joaquin Canyon cortaba la Mesa de los Viejos, y su espectacular barranco se prolongaba hasta el río Chama, formando una red de cañones conocida como el Laberinto.

Miró hacia abajo. El fondo del cañón estaba inmerso en una sombra azul, con cierto aspecto submarino. Al fijarse en el punto en que el cañón giraba hacia el oeste (con Orphan Mesa en un lado y Dog Mesa en el otro), vio la boca del Laberinto, una abertura muy ancha que quedaba a menos de tres kilómetros. Justo en ese momento, el sol iluminaba las agujas torcidas y las extrañas formaciones rocosas de la entrada.

Una mirada atenta al borde le permitió encontrar el camino





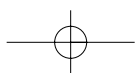
que descendía casi imperceptiblemente hacia el fondo. Era una bajada traicionera, sembrada de desprendimientos que obligaban al viajero a bordear despeñaderos de trescientos metros, pero no existía ninguna otra manera de adentrarse en la zona de altiplanos del este desde el río Chama. Solo se atrevían los muy valientes.

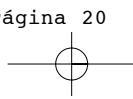
«Menos mal», pensó Weathers.

Bajó con precaución, vigilando sus pasos y los del burro. Llegar al cauce seco fue un alivio. Si seguía por Joaquin Wash, podría llegar al Laberinto, y por este al río Chama. En Chama Bend había un meandro muy cerrado que no solo era perfecto para acampar, sino que gracias a una lengua de arena permitía nadar. Nadar... ¡Qué gusto! El día siguiente por la tarde ya estaría en Abiquiú. Lo primero que haría sería llamar por teléfono a Harry Dearborn, ni que fuera para avisarlo. (Ya hacía días que se le había acabado la batería del móvil.) La idea de darle a alguien la noticia le llenó de emoción.

Al llegar al fondo, donde terminaba el camino, miró hacia arriba. La pared del cañón estaba oscura, pero los últimos resplandores del sol encendían el borde rocoso. Se quedó de piedra. Trescientos metros más arriba, una silueta se asomaba a observarlo.

Susurró una palabrota. Era el mismo hombre que lo había seguido hacía dos semanas desde Santa Fe hasta el desierto del Chama. La gente de su estofa conocía el talento especial de Weathers, pero eran demasiado perezosos o demasiado tontos para hacer prospecciones por su cuenta, y pretendían birlarle lo que era suyo. Se acordó del personaje: un tío con pinta de duro que iba en una Harley, un motero de pega que le había seguido el rastro por Espanola, Abiquiú y Ghost Ranch, siempre a una distancia de doscientos metros, sin esforzarse por disimular. Era el mismo tipo a quien había visto al principio del viaje por el páramo; el mismo que lo había seguido a pie entre Joaquin Wash y el río Chama, sin quitarse de la cabeza el pañuelo de motero, y a quien





había despistado en el Laberinto, de donde había tardado más en salir que Weathers en llegar a la cima de la Mesa de los Viejos.

Dos semanas y aún lo tenía encima. ¡No era tozudo ni nada, el cabroncete!

Stem Weathers examinó las curvas perezosas de Joaquin Wash. Luego se fijó en las agujas pétreas que señalaban la boca del Laberinto. Volvería a despistarlo por el Laberinto. Y esta vez, con un poco de suerte, el muy hijo de puta se quedaría dentro.

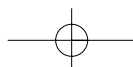
Continuó cañón abajo, volviendo a ratos la cabeza, pero ya no lo seguía nadie. El motero había desaparecido. Quizá conociera un camino de bajada más corto.

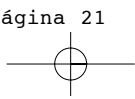
Weathers sonrió. Le constaba que no había ningún otro.

Una hora de descenso por Joaquin Wash bastó para aplacar su enfado y su nerviosismo. Aquel tío era un aficionado. No era la primera vez que un tonto lo seguía al desierto y acababa perdiéndose. Weathers, con toda una vida de dedicación a sus espaldas, tenía un sexto sentido, algo inexplicable que no había aprendido en un manual ni en un posgrado; algo que, de hecho, no podían aprender ni los doctores, con todos sus mapas geológicos y sus estudios con radares de apertura sintética de banda C. Lo que ellos no lograban, lo conseguía él con un burro y un georradar casero montado en un viejo IBM 286. Así las cosas, era normal que lo despreciaran.

Se volvió a entusiasmar. A él no le estropeaba ningún cabrón la mejor semana de su vida. El burro se plantó. Weathers paró a echar un poco de agua en su sombrero, dejó beber al animal y lo azuzó otra vez a palabrota limpia. El Laberinto estaba justo delante. En sus entrañas, cerca de Two Rocks, había algo tan escaso en esos pagos como el agua: un saliente rocoso cubierto de culantrillo del que caían gotas de agua en una pila prehistórica labrada en la arenisca por los indios. Weathers decidió acampar ahí, no en Chama Bend, donde sería blanco fácil. Hombre prevenido vale por dos.

Rodeó la columna de piedra que identificaba el acceso. Las





paredes de arenisca eólica que se cernían sobre él por ambos lados tenían más de trescientos metros de altura. Se trataba de la majestuosa Formación Entrada, los restos compactados de un desierto jurásico. Dentro del cañón reinaba un silencio como el de las catedrales góticas. Respiró a fondo el aroma a tamarisco. Arriba, la luz que bañaba las rocas había pasado del ámbar al dorado, señal de que el sol se aproximaba al horizonte.

Se internó en el dédalo de cañones hacia donde confluían Hanging Canyon y Mexican Canyon, formando una de tantas ramificaciones. Dentro del Laberinto no servían de nada los mapas. Por otro lado, su gran profundidad inutilizaba cualquier GPS o teléfono móvil.

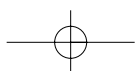
La primera bala lo alcanzó en el hombro por detrás. La sensación se parecía más a un puñetazo que a un balazo. Weathers cayó a cuatro patas en el suelo, la sorpresa le impidió pensar. Comprendió que le habían pegado un tiro cuando el eco de la detonación se propagó por los cañones. De momento no sentía dolor, solo un hormigueo sordo; sin embargo, vio un trozo de hueso sobresaliendo por un agujero de la camisa y un chorro de sangre que salpicaba la arena.

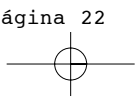
Virgen santísima...

Se incorporó justo cuando la segunda bala mordía la arena a sus pies. Los disparos procedían del borde, a la derecha. Tenía que volver al cañón, que estaba a menos de doscientos metros. El pilar de piedra. Era el único refugio. Corrió con todas sus fuerzas.

El tercer disparo levantó la arena delante de sus botas. Viendo que aún tenía alguna posibilidad, Weathers corrió. El tirador le había tendido una emboscada desde el borde del precipicio. Tardaría varias horas en bajar. Si Weathers conseguía llegar al pilar, no todo estaría perdido. Hasta podía sobrevivir. Corrió en zigzag con los pulmones doloridos. Cincuenta metros, treinta...

Oyó el disparo después de sentir el impacto de la bala en la base de la espalda y de ver que sus vísceras se derramaban por la arena, mientras la inercia lo hacía caer de bruces. Intentó levanta-





tarse entre gemidos, arañando el suelo. Le daba tanta rabia que le robaran su descubrimiento que se giró bruscamente, aferrando su cuaderno de bolsillo, y quiso tirarlo con un grito, destruirlo para que no cayera en manos del asesino. Por desgracia, no había donde esconderlo. Luego fue como un sueño. No podía pensar, no podía moverse...

